

# FLOR FANÉ

Sara Morante



ASTIBERRI

# I

## Encierro

### *Lugar donde reside el encerrado*

Estoy rodeada de grillos. No me puedo mover y los insectos caminan sobre mis brazos, sobre mi cara; entran y salen de mi boca y de mi nariz. No puedo respirar. Alzo la mirada y veo a mis muñecas junto a mí. Me dicen: están enfadados los grillos. Yo también lo estoy, les quiero responder, pero no puedo porque ahora tengo los labios pegados. Tengo los labios pegados y la garganta llena de grillos. Siento un cosquilleo sobre la cara, acercándose a los ojos. De pronto, todo se apaga. Me despierto sobresaltada con un grito atrapado en la garganta.



# Estoy aquí





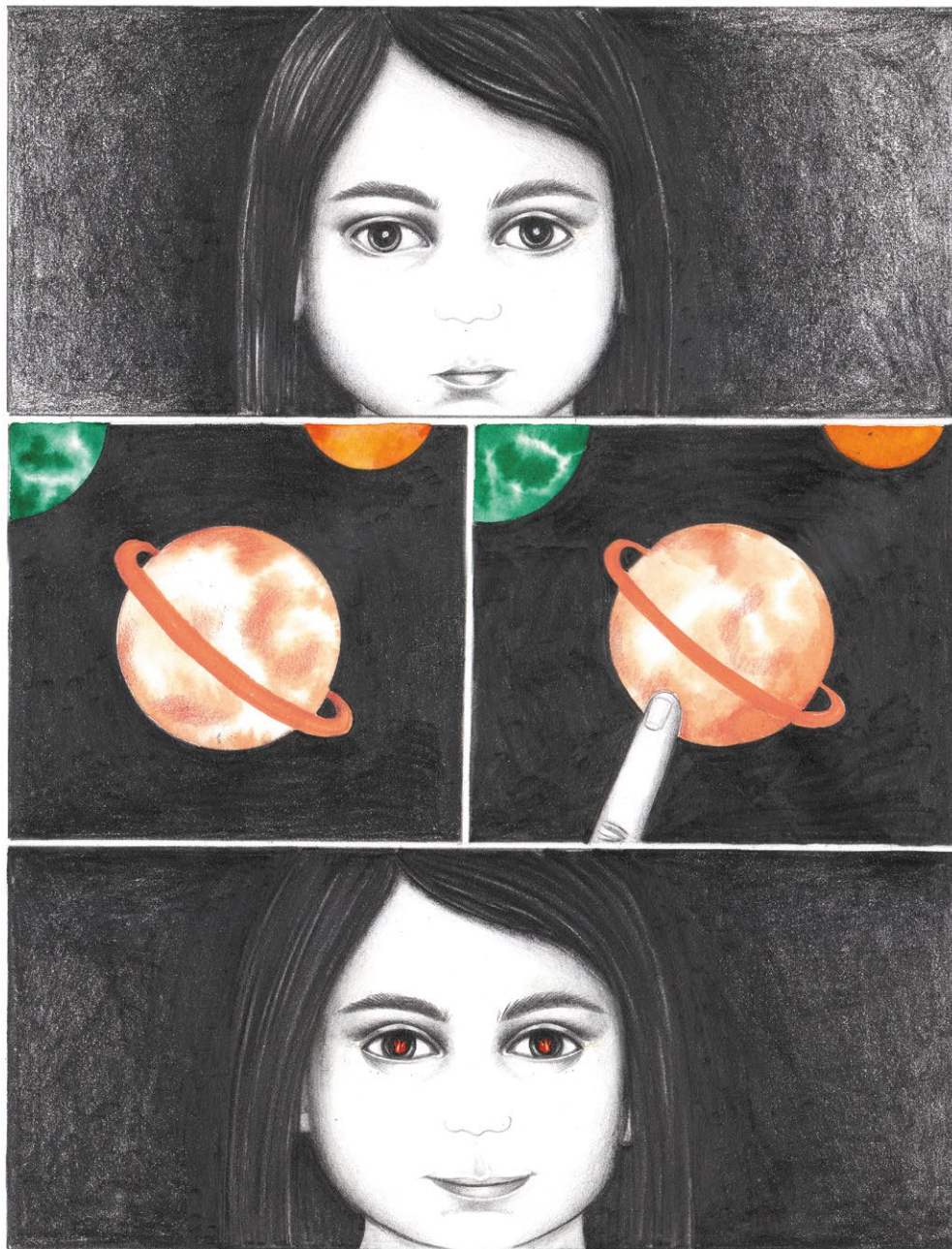
## La casa

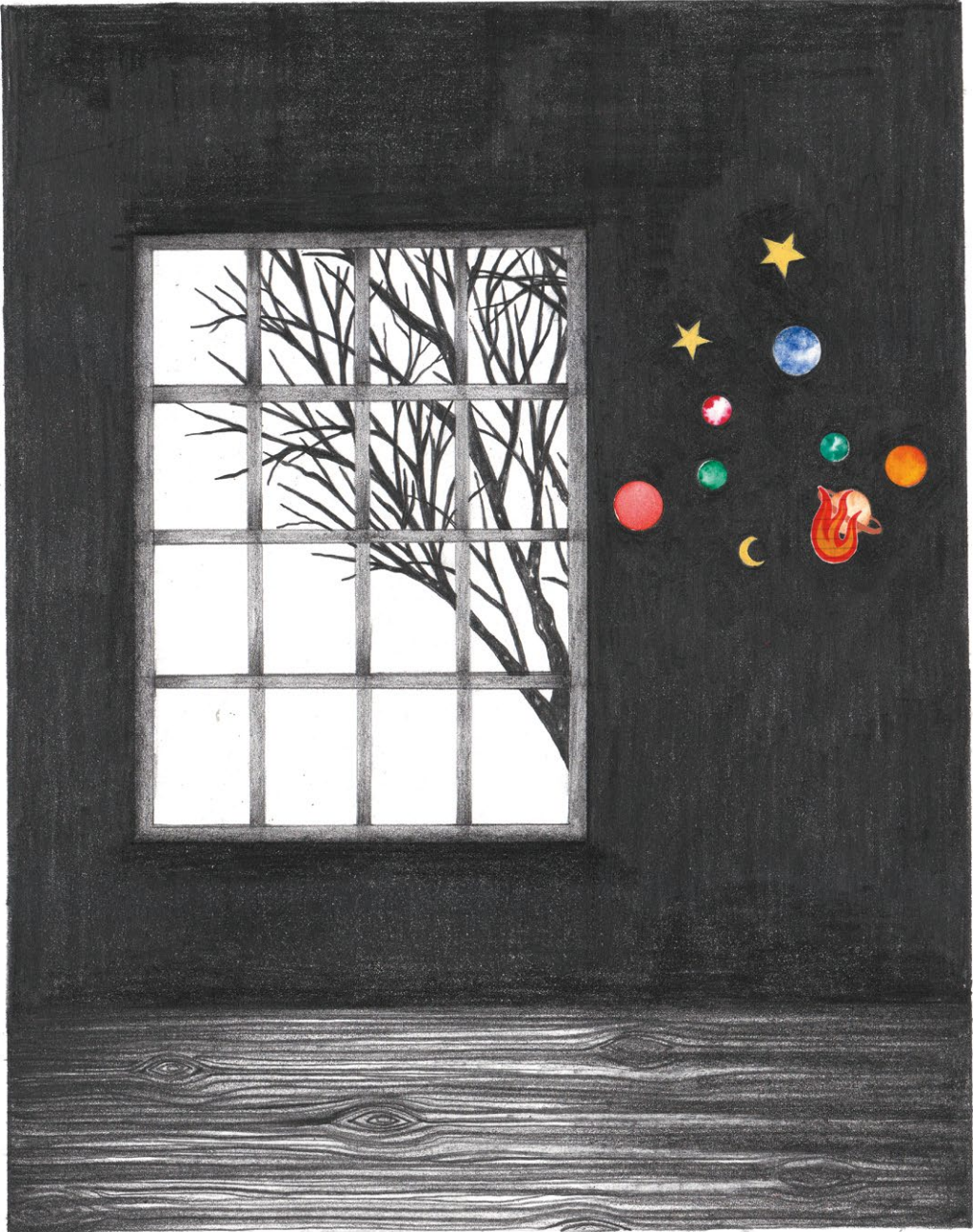
La gente del pueblo conoce la casa como la Madriguera por las enredaderas que la separan de la acera y las que trepan por la fachada gris. Es una de esas casas viejas de cara a la bahía, tan expuestas al mar y castigadas por las tormentas y el salitre que nadie las quiere, y terminan deshabitadas y en ruinas. El frío húmedo y el viento se cuelan por cada rendija y no hay masilla suficiente para sellar los cristales de las ventanas, grandes y abundantes en todo el edificio, por lo que durante gran parte del año las corrientes circulan a ras del suelo por toda la casa; bajan del primer piso y se arremolinan en la entrada, arrastrando con ellas un silbido, casi un grito. Ese mismo aire salado estropea cualquier cultivo en el jardín, por lo que hace muchos años que nadie de la familia se ha molestado en volver a cuidar una huerta en este lugar. Dejan que las viejas plantas, decrepitas como la tierra y la casa, crezcan lo poco que ya pueden crecer. Nadie se molesta en podarlas, nadie les quita las cochinillas blancas de aspecto marciano, como quien despioja una cabeza infantil; una a una.

Me escurro entre las ramas, busco lombrices en la tierra. Cuando veo una, tiro de ella con mi fuerza sin control y les parto la mitad del cuerpo, luego las echo al frasco de cebo para pescar y vuelvo a hundir las manos en la tierra. Me sorbo los mocos, los trago e introduzco las manos en la tierra húmeda y mohosa que hay entre el seto de zarzas y la conífera frondosa de la casa de al lado. Alzo la vista y mi mirada se cruza con la del vecino, al otro lado del muro, que me ofrece el hueco sin dientes al sonreír. Le devuelvo la mueca, pero le muestro todos mis dientes de leche, arrogante, orgullosa. Le doy la espalda y corro a la casa.



## Pequeño incendio en Saturno







## La mascota

Paseo al perro por el piso de arriba y me detengo en cada esquina. Espero pacientemente a que orine en la madera y continuamos hasta la siguiente esquina, entre el retrete y el dormitorio de mis padres. El animal me sigue obediente y se para donde le indico, sin que se tercién palabras entre nosotros. Me agacho y le acaricio el lomo suave, a contrapelo. Es de color naranja fuego con motas crema, tiene el pelo largo y lustroso, y dos colas. Parece una llamarada que no se acaba. Lo tomo en los brazos, le beso y lo vuelvo a dejar en el suelo. Tener una mascota, como mis amigas, me hace feliz. Lo que más feliz me hace de todo. Tiro de la correa y juntos vamos a la siguiente esquina. No vamos a bajar al piso de abajo, perrito, haz aquí todo el pis, no seas malo, le digo con un susurro. A mi espalda la voz de mi madre. Te he dicho mil veces que no cojas mis cosas, ¡no se arrastra la estola de mamá por el suelo, Olga, no se arrastra! Me arranca la piel de zorro de las manos y la devuelve al armario de su dormitorio. Está tan enfadada que su voz se ahoga en la garganta. ¿Es que no puedes jugar como las demás niñas?

# El paseo



## Mi madre y mi padre





## El olor del sol

Respiro el olor del sol que cae en picado sobre la madera del suelo, donde estoy sentada, rodeada por un vallado de gomaespuma con jirafas estampadas. Huele a cera de madera caliente y a ropa planchada. Mi padre y mi madre están afuera, en el jardín. Los observo a través de los cristales. Ella sujeta unos esquejes en la mano, él se agacha y le alcanza una maceta de terracota. Se abrazan. A mi alrededor, sobre la madera, esperan mis muñecas, que han detenido la charla que mantenían cuando las interrumpí para mirar a mis padres, una charla en un lenguaje que solo entendemos nosotras. Las vuelvo a levantar con mis dedos cortos, mis manos pequeñas, y retomamos el juego bajo esta luz que lo calienta todo.

# Mediodía



## Las grietas

El jardín de detrás de la casa es mi lugar favorito en el mundo. Más que mi habitación, mucho más. Parece un nido de pájaro, con todas esas plantas creciendo sin una poda que lo impida. Paso la mano alrededor de la fachada, es de un hormigón que se deshace en polvo como la piedra caliza, como el barquillo de los helados en la boca o como la arena mojada cuando se seca, que se desprende de las piernas. Tengo los dedos enrojecidos y llenos de heridas, y me da dentera tocar la superficie seca y arenosa. Introduzco el meñique en una grieta y con la punta arrastro un trozo de papel ennegrecido por el polvo, pero está sujeto a la piedra y no lo puedo sacar entero sin romperlo. Me ayudo con un palo que encuentro en el suelo, pero el papel se rasga sin salir, y desisto. En esas grietas escondo mis juguetes más pequeños, mis birrias más preciadas. Escondiéndolas, evito que desaparezcan.

Alzo la mirada desde el suelo, sobre mí se yergue una jaula de madera; esta mañana mi padre ha estado pintando la fachada y aún están instalados los andamios poco estables que ha ingeniado para ello. De hecho, por dejadez, permanecerán instalados varios meses. Me tropiezo con uno de sus zapatos de trabajo, es grande, tosco, de piel vuelta áspera como una lija, lo aparto de mi camino con la punta de mi sandalia y lo escupo. Repto entre unos macizos de hortensias muy pegadas a la fachada de la casa, como en un paredón, cabizbajas por el sol directo que cae sobre ellas, a pesar de lo cual, son grandes y frondosas como un mamut. Están llenas de salpicaduras de pintura blanca, me recuerdan a las rosas pintadas de Alicia. Estoy agitada y preocupada, pero no logro identificar la causa de mi inquietud. Es una sensación tan habitual que la razón nunca es importante. Busco un lugar donde pasar desapercibida hasta la hora de la cena. En los bolsillos del vestido verde guardo mis pequeños tesoros, mis pequeñas porquerías, como dice mi madre cada vez que los vacía antes de echarlo al tambor de la lavadora. Una canica, la cabeza minúscula de un soldado de plástico, un ojo saltón sin adhesivo en la parte de atrás, el trozo de papel plateado de

algún caramelo. Los envuelvo en un pedazo de papel en el que he escrito un poema sobre el viento, las arañas o la lluvia. En el colegio leemos y escribimos poemas, pero a mí no me salen demasiado bien y me da vergüenza leerlos en voz alta, por lo que miento; digo que no los he escrito y me gano una riña de la profesora y un nuevo punto rojo en la cartilla. Mi carné de alumna tiene el sarampión, dice ella.

La semana pasada mi madre y yo plantamos otras hortensias en la tapia que da al este, para que no les dé mucho el sol, como a las otras, dijo ella. Supongo que me lo dijo a mí, pues no había nadie más alrededor. A mí me gusta escucharla, y mirar sus manos cuando trabaja en el jardín. Tiene las manos muy suaves, aunque las usa todo el día en casa, cuando lava, limpia, plancha o fuma. Sus dedos son finos y ágiles. Baraja las cartas muy rápido, y, cuando está nerviosa, porque espera una llamada o una carta, o se impacienta porque no termina la lavadora, o cuando ella y mi padre discuten, las gira una dentro de la otra con soltura, o cruza los dedos de una mano con los de la otra con rapidez. A veces me alisa el pelo sin peine; con los dedos, para no darme tirones. Una vez, estando en la cama, enferma, se las pedí y me las prestó un buen rato. Las acaricié hasta que me dormí.

Llaman a cenar. El sol aún calienta, la luz es naranja y lo tiñe todo de ocre metálico; las ventanas reflejan árboles de oro viejo. Corro hacia la casa y me sujeto las faldas del vestido para subir las escaleras. Noto humedad en los dedos, me he manchado de pintura blanca. Intento limpiar la tela con un trapo que encuentro tirado en el suelo, pero me doy cuenta demasiado tarde de que también está manchado de pintura blanca, qué estropicio. Mis manos, las piernas, la tela, llenas de motas blancas. Mi madre no podrá sacar esa pintura ni con disolvente. Esa era la razón por la que estaba inquieta, me digo. En ese momento estoy convencida de que tengo alguna extraña capacidad para percibir cuándo algo se va a torcer.



## El herbario



La abuela y yo vamos a hacer un herbario. Ella sabe mucho de plantas y de árboles. Hemos ido al campo a buscar hojas de roble y dientes de león y tréboles. Me ha enseñado las diferencias entre la angélica y la cicuta.





En casa hemos metido las hojas y las flores entre las hojas de un libro viejo y pesado, y esperaremos hasta que estén prensadas y secas, la próxima vez que venga. Luego la abuela ha dejado que la dibuje. Ha posado un buen rato, muy paciente, muy callada, sentada en la sala y sin dejar de mirarme mientras la dibujaba.

## Exploradora

Estoy sentada junto a la mesa de la cocina, mi madre y yo merendamos unos bocadillos y zumo de manzana, ella está en pie, junto a mí. Algo que se mueve en el suelo llama nuestra atención. Una hormiga que camina por las baldosas blancas. La observamos en silencio. Parece como si a ratos conociera el camino, pero luego vuelve a serpentear como la extraña no invitada que es. Avanza rápido, recula, vuelve a encontrar una dirección que la convence y sigue. Mi madre rompe el silencio: ¿sabes qué está haciendo? Es una hormiga exploradora: las hormigas exploradoras suelen ir solas y tienen por función abrir nuevos caminos al resto de la tropa, me explica casi con un susurro, como con miedo a que la oiga la hormiga. Su misión es buscar fuentes de alimento, por lo que se aventuran por terrenos desconocidos dejando a su paso una sustancia química imperceptible para el ser humano, pero no para las otras hormigas, que guiará al resto de la marabunta para allanar casas, invadir cocinas, saquear armarios, hacer suyo el paquete de harina, las uvas pasas y los fideos de la sopa, porque tras la visita de una hormiga exploradora llega una hilera negra, brillante y compacta de hormigas que todo lo allanan, invaden y saquean, y acaban con todo cuanto encuentran a su paso. Mi madre parece que vuelve a hablar para alguien que no está aquí y su voz se oscurece y apaga. No es casualidad que esta exploradora pequeña y oscura se encuentre en nuestra cocina, a estas alturas ya habría otros caminos explorados por el resto de la casa. Escucho aterrada a mi madre. Aplasto la hormiga con el pie descalzo y luego me sacudo lo que queda del insecto con la mano. Mi madre me limpia la mano y el pie con el trapo de cocina, me besa y acaricia la cabeza y luego prepara un cubo con agua y lejía. Friega el suelo de la cocina concienzudamente para eliminar todo camino marcado. Una vez que ha terminado, continúa con el resto del suelo de la primera planta. Al llegar a la sala, la habitación más grande de la casa, abre la puerta y se detiene bajo el umbral, se gira y me dice: no le digas a tu padre que hemos visto una hormiga en la cocina. Ya sabes cómo es.

## Tormenta

El viento nos ha despertado a todos esta mañana. Golpeaba las contraventanas sueltas de la casa y parecía que estábamos dentro de un tambor o bajo un bombardeo aéreo. Hace un calor agobiante y el aire está seco y cargado. Tengo la sensación de que este viento emite un sonido eléctrico, imperceptible por el oído humano, pero que está ahí, electrificando mi cabeza y mis oídos. El dolor de cabeza no tarda en aparecer. Ya sé que, tras este viento, llega la tormenta. Y lo hace antes del atardecer, de forma explosiva. Todavía no hemos recogido la mesa de la comida a la sombra del nogal. Primero se concentran unas nubes densas bajo nuestras cabezas, el sol se apaga y el viento cambia. Los árboles se doblegan, agitan sus pelucas verdes hacia todos los lados, porque ni el viento sabe hacia dónde va, y los pájaros huyen, sin saber tampoco hacia dónde. Mi madre recoge de la mesa todo objeto ligero que el viento pueda lanzar despedido y, en su vuelo, romper algún cristal de la casa, luego recoge apresurada la ropa colgada del hilo, que hace horas que está seca, pero el día había sido placentero y relajado y había dado prioridad a la devoción frente a la obligación. Intento ayudarla, pero me manda con ademanes nerviosos dentro de casa. Mi padre observa desde la ventana de la sala. Yo corro al interior. Aunque me fascina el viento que todo lo destroza, que todo lo altera, me dan miedo los relámpagos y los truenos. Sobre todo, ese trueno final que me hace estremecer y, por lo cerca que está, nunca parece que sea el último. Pero lo es. Y retumba como si el cielo oscuro nos fuera a engullir. Sentado junto a mi cama, mi padre me tranquiliza en la oscuridad. No tengas miedo, ya se va. Relámpago. Este va a ser el último, me asegura. Trueno. Mi padre agarra con fuerza mis manos. Tal vez esto sea lo mejor de las tormentas y del terror que me produce su electricidad, el consuelo que me da mi padre. Me siento segura y privilegiada por su atención. En el fondo me gustan las tormentas, o tal vez solo me empiezo a acostumbrar a ellas.

Esa noche la lluvia contra los cristales mece mi sueño tranquilo.

## El universo dentro de mi casa



Hoy mi muñeco ha partido de viaje al interior de mi casa. Sé que en sus tripas hay un universo enorme que sobrevolar y será muy feliz.





## La amiga

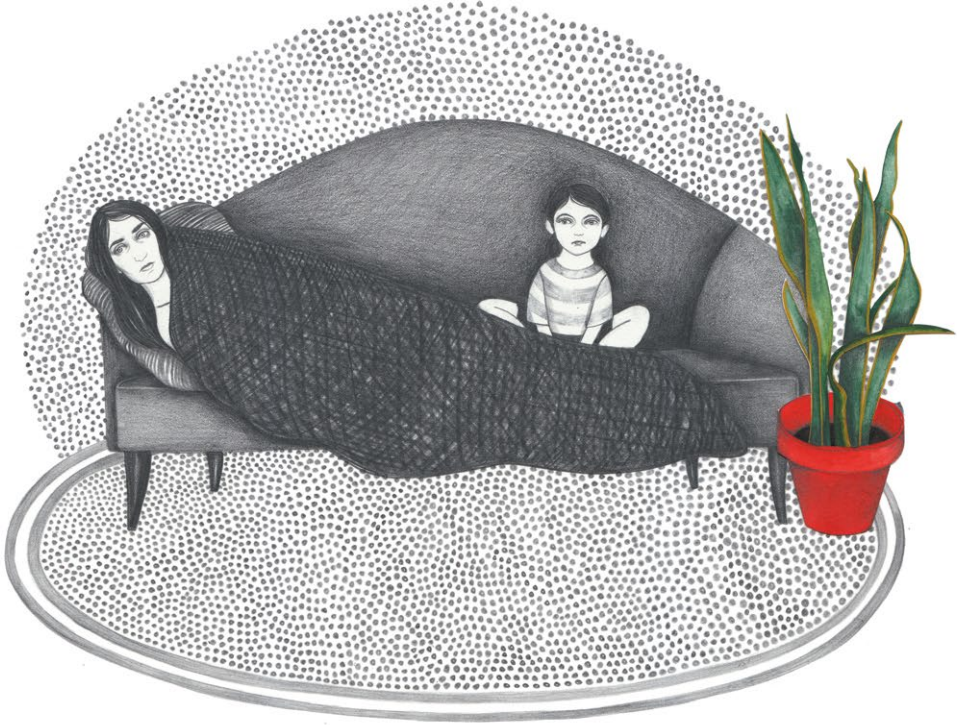
Mi madre tiene una amiga de la infancia. A veces vienen a casa ella y su marido. Hoy han venido a comer, traen a su hijo recién nacido, nos lo presentan. Es tan pequeño y delicado, despierta mi ternura. No le tendrás envidia, me pregunta el marido, medio en broma. Yo no respondo, porque no sé qué responder a semejante pregunta. Qué estupidez. Me gustan los niños y los animales por la misma razón. ¡No le toques la cabeza, es muy delicada y se puede romper! Me riñen antes de que me atreva a tocársela. Hablan de las fontanelas, y de cómo se puede ver el pulso en su pequeño cráneo abierto. Yo imagino que, bajo el hueso, tiene un cerebritito que palpita blando y dorado, como el dulce del membrillo. El bebé huele a requesón. Me acerco un poco para olfatearlo. Huele a queso, digo. Tú también, me dirijo a la madre. Qué rico oléis. Reímos. Su madre le pone al pecho en el sofá de la sala, el sol les da en la espalda. Me siento arrullada por lo que veo. Mi madre sonrío con calidez a los dos. Yo le sonrío con calidez a ella.

La amiga de mi madre habla de los golpes de leche y las blusas permanentemente húmedas. Lo hace con la voz suave, para no interrumpir a su hijo mientras mama. Cuenta que, cuando pasea con su bebé por el parque, si hay otros recién nacidos, y lloran, le viene un golpe de leche. Y se le empapa el sujetador y la ropa que lleve. Que los alimentaría a todos, asegura divertida. Mi madre asiente pensativa. Tengo la certeza de que está pensando en mi hermano. Una vez escuché hablar de ello a mis padres. No querían que los oyese, pero lo hice. Mi hermano se quedó en el vientre de mi madre, no nació, y ella le dijo que no quería volver a pasar por eso. Que ya me tenían a mí. Me dio pena escucharlo, pensar que podría tener un compañero de juegos con el que esconder juguetes en las grietas, con el que tejer una madriguera bajo las hortensias, con quien compartir la responsabilidad de pertenecerles.

Mi padre le pide a mi madre que recoja la mesa de la comida. Ella, molesta, abandona la sala y se dirige a la cocina, con el paso firme pero los hombros caídos; con las manos en un puño, pero no tensas. Desde la sala le escucho reñirla. Podrías también haber barrido las hojas secas de afuera, si llueve se pondrá todo perdido. Qué tripa se le ha roto a mi padre ahora con las hojas de afuera, pienso, si nunca se preocupa por el estado del jardín. Mi madre responde bajito, es inaudible, pero su amiga y su marido se miran y me miran, y dejan de mirar. Su bebé se ha dormido y le miramos los tres.



## Con mi madre



## **Voz adulta**

A mi madre la veo más como a una hermana mayor que como a una persona con autoridad y responsabilidad sobre mí. ¿Vas a volver a desobedecerme?, pregunta mi padre. No, responde mi madre muy bajito, sobre la alfombra de la entrada. Somos iguales, estamos a la misma altura, siendo ella mucho más grande que yo, tan hecha y con esa voz de mujer adulta.

## Olor

Tengo un sabor metálico en la boca. Hay algo en la textura de mi paladar que tiene que ver con la senda por la que camino. Es un túnel lleno de triángulos de color ocre y círculos rojos y verdes. Los miro y sé por mi lengua la textura que tienen. Áspera. Se mueven por encima de mi cabeza, me rodean. Me siento atrapada, no por esas figuras, sino por ese lugar. Sé que no es normal. ¿Cómo les explicaré a mis padres que estoy aquí, sola? Este camino, que no es un camino, sino una dirección, no acaba nunca, aparecen más y más masas de colores sólidos y opacos, se mueven aleatoriamente a mi alrededor. Tienen un sabor extraño, pegajoso. Está todo, de alguna manera, en mi paladar. Como si mi lengua, y no yo, se hubiera adentrado en este túnel. Me despierto llorando. Está oscuro, pero no sé si he abierto los ojos. Me duele todo el cuerpo. Mi madre se acerca a mi frente, me destapa, me consuela, me olfatea antes de besarme. Hueles a fiebre, me dice.

Tengo treinta y nueve grados y un sarpullido de color escarlata por todo el torso. Me esperan una semana y media en la cama y unas inyecciones que me pondrá un practicante cada tarde a las seis. Y la espera frente al reloj, porque tengo pánico al ritual de una inyección: al olor del alcohol de desinfectar, al algodón frío sobre mi nalga, a no ver lo que ocurre a mi espalda, antes del pinchazo. La angustia a las seis menos diez, deseando que se pare el reloj. Menos cinco. En punto. Dale las gracias a un señor que se llamaba Fleming, me dice el practicante con una jeringuilla en la mano, hace sesenta años la gente se moría por lo que tú tienes.



## El amor del no

Mi abuela ha venido a pasar unos días a casa mientras me recupero. Vive fuera y llega en el autobús regional cargada de comida y regalos. Sus regalos siempre son prácticos (un par de calcetines, un libro, un camisón de tergal) porque ella es una mujer práctica, pero esta vez, debido a mi enfermedad, trae helado de la tienda. Dice que es bueno para la inflamación de la garganta, y me guiña un ojo. Yo la veo como una línea de lápiz: recta, pero suave y porosa. Con ella aprendo a plantar esquejes y a quitar las plagas de las plantas con detergente y colonia. También me enseña las propiedades de las plantas y cómo hacerme la cama. Mi madre siempre dice que las abuelas están para hacer con los nietos lo que no pudieron hacer con los hijos, pero mi abuela me trata como si fuera su hija, y me pregunta si me he lavado los dientes después de desayunar y me riñe si revuelvo los juguetes de mi habitación. Está muy pendiente de mí, de enseñarme; de que me sepa valer por mí misma. Intento escabullirme a veces de su atención, pero me encuentra. Me da besos sonoros junto a las orejas y me peina con colonia una coleta muy tiesa que luego me da dolor de cabeza. Me hace cambiarme de ropa si me mancho de tierra en el jardín. Nombra los insectos. Me lleva con ella a los recados y a la plaza, a dar de comer a las palomas y a los gorriones. Conoce a los comerciantes y a los vecinos por su nombre de pila. La vida con ella es una inquebrantable rutina, y a mí esa rutina me da paz; por alguna razón que desconozco, cuando ella está en casa no hay sobresaltos, no hay zozobra que altere los días o las noches. Cuando ella está en casa, todo lo demás desaparece. Sonríe mucho. Me dice: no, no puedes hacer eso, y encuentro todo el amor del mundo en ese no que dice mi abuela.





## El olor del sol II

Respiro el olor de la estufa de gas que está junto a mí, en el suelo, donde estoy sentada, rodeada por mis pinturas y el bloc de dibujo. Coloreo un follaje verde oscuro. En mi mano izquierda sujeto un ramillete de verdes: oliva, musgo, pino, verdín e índigo. Mi madre está afuera, en el jardín, la observo a través de los cristales. En una mano sujeta unos esquejes y en la otra las tijeras de la cocina; al otro lado del muro, el vecino asoma la cabeza para saludarla. Comienzan a hablar. Él acomoda sus brazos sobre nuestra parte del muro, parece decir algo gracioso y mi madre estalla en una sonora carcajada. Incluso la expresión de su cara es distinta a la que tiene cuando ríe para nosotros. Sonríe desde el suelo de madera; su carcajada es contagiosa. Escucho el crujido de la madera en el piso de arriba, a la altura del despacho de mi padre. Adivino sus movimientos por el sonido; ahora se ha levantado de su asiento y está asomado a la ventana, le delata el crujido que ha dado un tablón suelto en el suelo —siempre que lo escucho me recuerda al rugido de un elefante pequeño—. Vuelvo a mirar a mi madre, que ha alzado la mirada. Seguramente se haya cruzado con la de mi padre. El crujido de la madera, de nuevo. Mi padre vuelve a su mesa. Abre un cajón y lo cierra con fuerza. Arrastra su silla sobre el suelo. Siempre nos riñe cuando lo hacemos nosotras. Mi madre se despide de forma parca y se dirige a la casa, tiene el rostro serio y atribulado. Ni se percata de mi presencia al otro lado de la ventana. Cierra la puerta de la entrada con suavidad. Otra vez la madera cruje. Intuyo, por la cercanía del sonido, que mi padre está ya en el umbral de la escalera. A mi alrededor, sobre el suelo, esperan mis pinturas y el dibujo de un árbol a medias; pensaba pintarle hojas, pájaros y frutas maduras sobre la tierra marrón oscuro. El crujido se vuelve más fuerte. Apago sus voces, solo escucho sus pasos. Suelto las verdes. Agarro una pintura roja y dibujo un redondel brillante, sólido y denso sobre el árbol sin terminar. No es un garabato, es una bola que arde. El olor a gas quemado de la estufa me marea.



Marco los círculos concéntricos con fuerza, con la pintura quemando en el puño.

